

El arte del psicoanálisis: sobre la oscilación y otras cuestiones¹

M. Robert Gardner. M. D.²

Hacia un retrato de la mente en movimiento — la del analista y la de otros— y hacia un marco para otros estudios similares.

I

Hace más de cincuenta años un analista dijo:

«Existen, sin duda, analistas a quienes les gustaría substituir conocimiento por experiencias... Al menos tantos como otros analistas que cometen un error igualmente grave. Abusan de la idea del inconsciente del analista como instrumento de su percepción, de manera que difícilmente hacen algo más que “flotar” en el análisis, sentarse y meramente “experimentar” cosas, como para comprender fragmentos de los procesos inconscientes del paciente y comunicárselos sin seleccionarlos. Por lo tanto, no hay *oscilación* [cursiva añadida] desde la intuición hacia la comprensión y el conocimiento, que sólo hacen posible ordenar, en un contexto más amplio, el material que ha sido comprendido con la ayuda del inconsciente del analista.»³

Son éstas, como es fácil reconocer, las palabras de **Otto Fenichel**. Espero que nos ayuden a sintonizar la polifonía de voces de ayer, hoy y mañana, y así considerar algunos aspectos del cambiante estado de nuestro arte.

Pienso que estaremos todos de acuerdo en lo razonable de la advertencia de **Fenichel**. Un arte que pierde la cabeza es un arte perdido; una ciencia que pierde su arte, es una ciencia fósil. Inclínados a pensar y sentir en extremos polares —en verdad a pensar acerca del pensamiento y del sentimiento como extremos polares— corremos siempre el riesgo de quedar perdidos en los polos.

Fenichel pregunta cómo nos las arreglamos, cuando nos las arreglamos, para no perdernos. Responde: «Oscilamos».

Su pregunta parece más rica que su respuesta.

En poesía, **Shakespeare** (en *El mercader de Venecia*) pregunta:

«Dime dónde nace la fantasía
¿En el corazón o en la cabeza?
¿Cómo se engendra? ¿Cómo se nutre?
Responde, Responde.»

Tres siglos más tarde, en prosa, aunque no prosaicamente, **Wordsworth** responde: «Nuestro continuo flujo de sentimientos es modificado y dirigido por nuestros pensamientos, que son en verdad los representantes de todos nuestros pasados sentimientos» (en el prólogo de *Lyrical Ballads*).

Fenichel parece correr el riesgo de excluir a **Wordsworth** de esa conversación. Ambos pueden estar *apuntando* a finalidades unitarias, pero **Wordsworth** habla de transformaciones infinitas que se expanden y reorganizan —reuniones trascendentes infinitas— y **Fenichel**, simplemente, de oscilación. La pregunta que quiero plantear es la siguiente: ¿Qué es, en realidad, oscilación?

En la actualidad, en un poema para niños, **David McCord** dice:

Pienso en el elefante y en la pulga,
En algún sitio entre ellos estoy yo.

Tal vez la pulga no es consciente de esto:
Tal vez yo no soy lo que los elefantes podrían
echar en falta.

No sé cómo pasa la pulga sus días;
Supongo que a un elefante sólo le gusta
balancearse.

Pero ahí están ellos: uno pequeño y otro
grande.

Y en el medio, sólo yo a cargo de ellos!

Pienso que **McCord** está en la pista correcta. Dice que es una tendencia básica de nuestras mentes pensar en polaridades —infinitas polaridades— y ponernos a nosotros mismos en el medio. Definimos una cosa como «ésta» y otra como «aquélla», y nosotros mismos entre ésta y

aquella. Esta es nuestra tendencia, nuestra capacidad, nuestra bendición y nuestra maldición. Habiendo dividido esmeradamente nuestros mundos en opuestos, nos debatimos siempre en la tensión entre una y otra. Una tensión compuesta por la naturaleza de nuestras experiencias y de nuestros modos idiosincráticos de ver tales experiencias. Definimos lo que vemos, vemos lo que vemos, según el molde de nuestras antitéticas inclinaciones. Nos encontramos a nosotros mismos en medio, y por lo tanto, tratamos de ser lo que concebimos como estar «a cargo» de ellos y de nosotros mismos. Así es la vida.

Una vez tuve un paciente que estaba trabajando en el desarrollo de ordenadores. Movido a compasión por mi ignorancia, y por otros motivos, con frecuencia me hablaba de cosas como ésta: «Uno de estos días —decía—, organizaremos cada cosa conocida en términos de sí y no, la introduciremos en los ordenadores, y haremos en minutos cosas que ahora nos llevan meses, y haremos otras cosas que jamás soñamos hacer ahora». Semana tras semana habló de las muchas posibilidades; analizamos una cosa y otra. Entonces, percibiendo un cambio de rumbo, pregunté: «¿Qué pasa con las cosas que no entran en sí o no?». «Mucho peor para ellas», contestó.

Se rió; le pregunté acerca de la risa. Dijo que sobre una pregunta como la mía quería pensar... algún día. Poco después le hice otra pregunta. El no contestó «Sí». Tampoco contestó «No». Contestó «So».

No me extenderé sobre los detalles transferenciales ni otros materiales para el molino analítico, sólo sugeriré que este diálogo entre mi paciente y yo es el que a veces sostenemos con cualquier otro, y más a menudo con nosotros mismos. Pensamos binariamente; entonces nos preguntamos al final: «Bien, ¿y qué hay del otro?».

Pienso que este diálogo, este esfuerzo por estar «a cargo» de imaginarias polaridades, puede ser lo que **Fenichel** y otros han llamado oscilación; de ser así, oscilación es semejante a vacilación, sólo que más tenaz; de ser así, la diferencia entre vacilación y oscilación es la diferencia entre desorden y arte. Por brevedad, propondré preguntas como afirmaciones:

En la práctica de cualquier arte, estamos siempre argumentando con nosotros mismos. Respetable controversia. Mientras esta discusión no sea demasiado disparatada o esté demasiado controlada, no estamos ante un problema digno de atención: prolongada indecisión o precipitada decisión. Si las cosas van bien, convertimos en

virtud nuestra visión doble; vemos lo que podemos ver de una manera y luego de otra, y a veces, por caminos difíciles de seguir, ambas a la vez.

Desde el momento en que separamos por primera vez «sí» de «no», somos pensadores polares. Nunca dejaremos de crear Árticos-Antárticos. Siendo como somos, sin embargo, *pensadores polares* y *algo más*, no somos, al fin y al cabo, ordenadores —al menos todavía no—. Leí en el periódico que algunos científicos predicen que en cinco años será posible construir un ordenador semejante a un cerebro, con un tejido de conexiones tan complejo como el del cerebro de una abeja. Puedo creerlo, pero no puedo ver cómo le darán al ordenador la educación correcta para pensar y actuar como una abeja.

No tiene sentido ir en contra del pensamiento binario, dualista, lineal, aristotélico, y otros afines, más que del esférico. No podemos pasar sin el uno *ni* sin el otro. Convertimos uno en dos; convertimos dos en uno. El Este es el Este y el Oeste es el Oeste y siempre se encontrará un par. Imaginamos Yings y Yangs, acuerdos y desacuerdos, Cinna el poeta y Cinna el conspirador. En cierto sentido, exigimos saber cuál es cuál; por otra parte, nos daría igual. Un **McCord** convierte los polos en poesía. Un obsesivo ridiculiza el pensamiento polar —y a aquellos a quienes considera sus agresores— mediante una reflexión burlesca. Mi paciente informático usaba el pensamiento polar para las matemáticas y para burlarse. Ya de niño era un maestro del «So-So». Una vez su padre le pidió a gritos un vaso de agua, y él le preguntó en el mismo tono: «¿Caliente o fría?».

La misma pluma escribe lo poético y lo insignificante.

La mente hiende. Hiende en ambos sentidos de la vieja palabra anglosajona *cleaves*: separa y se adhiere y se une. En todas nuestras palabras y otra clase de pensamientos somos comprometidos separadores y unidores, buscadores de disparidades y paridades. Nuestros infinitos tartamudeos y hesitaciones, oposiciones y uniones, y otras actividades dialécticas, no necesariamente nos hacen neuróticos compulsivos, o hegelianos, sólo humanos.

Si tales vuelcos de la tesis a la antítesis, a la síntesis, y atrás, y adelante, son oscilación, el término parece desatinado. «Oscilación» es demasiado pesada. No obstante, las piruetas pueden ser demasiado caprichosas. La mente en movimiento desafía las denominaciones simples. Sobre una caricatura del *New Yorker* se lee: «*Elegimos un ritmo diferente*»...

No es fácil denominar con precisión cualquier componente de un arte. Quizás imposible. Pero partiendo de la suposición de que oscilación es un método taquigráfico para nuestros proteicos esfuerzos por manejarnos con las numerosas polaridades, nos quedamos inevitable e indefinidamente perplejos. Quiero llamar la atención sobre algunas polaridades analíticas —**Fenichel** menciona sólo unas pocas—, después, sobre algunos movimientos afines de la mente del analizando, y finalmente sobre algunas perspectivas para la exploración y la teoría. Todo lo que expondré resultará muy familiar, aunque insuficientemente atendido en nuestras teorías.

II

Posibilidades polares nunca escasearon. Reconoceremos la familiar promesa del primer analista.

En el principio fue el afecto. El afecto, dice **Freud**, es la principal fuerza perturbada y perturbadora. El afecto, cuando se liga a una idea inaceptable o proscrita, queda bloqueado para la expresión directa y saludable, y encuentra expresiones indirectas y enfermizas. La cura yace en el hablar: hablar conduce a la idea —la memoria del suceso traumático o bien intolerable— que ayuda e induce la expresión directa del afecto que anteriormente sólo encontró expresión por medios tangenciales y penosos.

Occam mismo se hubiera sentido complacido por tan elegante simplicidad. A otros les hubiera complacido que esta ajustada teoría de la perturbación mental, de las finalidades terapéuticas y de los medios terapéuticos, parezca, en principio, prometer igual atención al afecto y a la idea. Alguien podría suponer que semejante igualdad polar fue el propósito consciente, casi consciente, o amagado de **Freud**. Sin embargo, en los albores del análisis el *afecto* manda.

Idea —la idea que **Freud** considera primero es la memoria— es meramente un medio para fines afectivos. Si la loable purga de afecto fuera posible sin el recuerdo de cosas pasadas, **Freud** no lo habría objetado conscientemente (aunque en algún rincón de nuestra mente probablemente siempre objetamos —nos regocijamos y objetamos— cuando rompemos en dos un mundo).

Entonces, sea que los cambios en su mundo interno conduzcan a cambios en su mundo externo, o que el externo conduzca al interno, o, más probablemente, que el interno y el externo se

encuentren en vivaz intercambio, **Freud** hace el famoso descubrimiento que dio vuelta de adentro afuera su mundo y los nuestros. Encontró expresión de deseos en lo que antes había juzgado recuerdos veraces. Con esto, el énfasis se traslada del afecto a la idea —es decir, cambia al deseo y a la fantasía, que más que antes parecen prometer una visión balanceada: esta vez idea afectiva o tal vez afecto ideativo. Junto a esto, en su contemporánea teoría sobre la mente, afirma que los impulsos y sus derivados —nuestro especial asunto ahora— toman forma simultáneamente en el afecto y en la idea.

No obstante, desde nuestra aventajada perspectiva actual, sus historiales no parecen reflejar un equilibrio estable —sea estático o móvil— entre afecto e idea, pero casi en equilibrio, cierta inclinación hacia *idea*, con ocasionales movimientos en contrapunto entre uno y otra.

Es un largo camino hacia el cielo, si el cielo es la unión de afecto e idea.

Pero no es necesario creer en metas si distinguimos al **Freud dos** del **Freud tres**: distinguir el **Freud** que falló en advertir que donde estaba su humo estaba el fuego de Dora, del **Freud** que comienza a ver las muchas formas y sombras de la transferencia.

La investigación de la transferencia abrió espacio para un juego más amplio entre afecto e idea, experiencia y comprensión, pasado y presente, interno y externo, realidad y ficción, y otras producciones de nuestros pacientes y nuestras inclinaciones a construir mundos polares de elefantes y pulgas. Pero estos apacibles [en inglés: *halcyon*. (*N. de la T.*)] momentos de unificación fructífera, ampliación y transformación, aunque maravillosos, no son eternos. (Recordemos que el alción [en inglés: *halcyon*. (*N. de la T.*)] fue un pájaro mítico que anidaba en el mar durante el solsticio de invierno, con lo cual calmaba *brevemente* las olas).

Por adecuadas que sean las uniones —afectivo-ideacional y otras— que el análisis de la transferencia posibilita, ni ésta ni otra herramienta pueden domar nuestros impulsos a hacer polos de afecto e idea. Y mucho más. En verdad, las mismas herramientas que usamos para promover uniones, las podemos usar para trastocarlas.

¿Podríamos hacerlo de otro modo?

Sobre nuestro proceder con otra de nuestras polaridades —self y entorno— el distinguido biólogo y filósofo de la ciencia, **Paul Weiss**, dijo una vez: «Me pregunto qué habría sido el mundo

si nos hubiéramos definido a nosotros mismos no como limitados por nuestra piel, sino con un incremento de medio metro más allá».

Si las cosas fueron diferentes, sin duda serían diferentes. Mientras tanto, tomémoslas como ordinariamente lo hacemos.

Si observamos las luchas de **Freud** para unir afecto e idea no como las luchas de un pionero o de un genio —ni como luchas terminadas definitivamente para él, o para nosotros—, se vuelven un espejo de nuestras propias luchas. Visto así, reflejan nuestras infinitas construcciones, deconstrucciones y reconstrucciones de béticas dualidades y pacíficas uniones transitorias. Visto así, sus luchas no son una reliquia de nuestro pasado, ni sus soluciones algo que heredamos simple y seguramente. Son un acicate para nuestras auto-interrogaciones.

Si invito a revisar algunas diferencias sobre cómo los analistas dominan sus polos, espero que no se pensará que lo hago para exagerar o minimizar nuestra diversidad. Más bien, me propongo resaltar algunos aspectos de esa diversidad para fines que espero aclarar. Lo que expresaré acerca de los analistas proviene en gran parte de extensos intercambios con 48 colegas, cautivos de lo que a veces conocemos con el infortunado término de «supervisión». La más corta abarcó 3 años, la más larga, 10. Treinta y seis supervisiones se hicieron con analistas generalmente considerados inexpertos, y doce con experimentados.

Otras impresiones parten de la autoobservación, y de muchas observaciones ocasionales de colegas de nuestro medio y del extranjero. Sobre este aspecto señalaré que los más experimentados no se diferenciaban de los que tenían menos experiencia; muchos hicieron lo que los menos experimentados hicieron, aunque a menudo, con menos transparencia.

Cuando yo era niño, había una tira cómica llamada «Reglar fellars». En cada tira unos cuantos golfillos jugaban a sus anchas en la calle; y en cada ocasión uno de ellos podía decir con obvia autocomplacencia: «Me pregunto qué es lo que los pobres chicos están haciendo hoy?». Se podría pensar que el modo en que yo lo esbozo es el mismo de los pobres analistas. Las aproximaciones problemáticas hacia un conjunto de polos o hacia otro, parece ser la característica de algunos analistas y de algunos grupos; pero yo quiero llamar la atención sobre las formas en que el interjuego polar podría ser lo característico del conjunto.

La mayoría de analistas parece intentarlo priorizando unidades de afecto e idea; pero pocos parecen hacerlo de la misma manera. Usan diferentes paletas. Mezclan sus colores en diferentes proporciones.

Algunos analistas parecen preferir afectos que muchos considerarían débiles. Buscan ese matiz tanto por menor como por mayor atención a la transferencia. En el segundo caso, consiguen amortiguar los afectos mediante su capacidad de predecirlos atendiendo a la transferencia (o a la defensa, o a otro particular) o mediante la relativa uniformidad de su modo de prestar atención. Para algunos analistas, podrían parecer expertos en el uso de rituales tranquilizadores.

Otros agradecen lo que algunos considerarían tormentas de afectos. Tormentas atronadoras. Parecen ansiosos de achicar océanos usando coladores; para algunos analistas, podrían parecer expertos practicando rituales que excitan. (Para hacer las cosas aún más complicadas, algunos analistas podrían decir de los que buscan afectos fuertes, que no buscan afectos sino sentimentalismo.)

Algunos analistas elogian lo que otros considerarían intelectualización, y otros aprecian lo que algunos podrían considerar como «afectivización»; lo que para algunos sería mezcla justa de corazón y cabeza, otros lo ven como un compromiso obstructivo o una hipérbole obstructiva: un compromiso defensivo, defectuoso o ambos a la vez. La belleza, aquí, como en cualquier otro lugar, está en el ojo del observador.

Lo que calma a algunos analistas, excita a otros; lo que excita a unos calma a otros. Algunos trabajan mejor en condiciones de calma, y otros, de excitación. Algunos se calman excitando a otros. Algunos se excitan calmando a otros. Algunos prefieren estar más despiertos; otros se inclinan por los estados oníricos.

Ya sea que designemos algunas cosas como transferencia y otras no —es decir, polarizando la transferencia hacia nosotros mismos y la transferencia hacia otros (una yuxtaposición no sin provecho para alguno de los extremos), nos preguntamos a veces si deberíamos ahora atender con más cuidado a lo que nuestro paciente considera concerniente a los otros o concerniente a nosotros. Habiéndonos puesto en el medio, a veces preguntamos más acerca del otro, otras: «¿qué pasa conmigo?». Algunos parecen más aptos para optar por «otro», algunos por «conmigo».

Polarizando precisión y confusión, algunos analistas buscan ávidamente la confusión en la

transferencia; cómo y por qué un paciente está confundiendo pasado y presente. Otros están más atentos a las evocaciones precisas: cómo el pasado ha marcado agudamente acontecimientos parecidos en el presente. Todos los analistas que he observado tienen un ojo puesto en cada polo, pero nunca he visto ninguno con visión binocular. Siendo todas las cosas desiguales, algunos se inclinan más a encontrar acuerdos en sus pacientes, otros, desacuerdos. Un hallazgo puede conducir al otro —y normalmente sucede— pero nunca de la misma manera y nunca con los mismos acentos y ritmos (y la música nos dice siempre más que las palabras).

Tomemos otro patrón. Polarizando pasado y presente, a veces no tenemos más remedio que preguntarnos si sería mejor considerar pasado como figura, y presente como fondo, o presente como figura, y pasado, fondo. La mayoría de los analistas tratan de seguir la pista de los afectos de sus pacientes —y de seguir otras estrellas polares— pero se advierte fácilmente que un analista tiende a sintonizar un poco más rápido con el aquí y ahora, y otro con el allí y entonces... (Todos conocemos analistas que se precipitan hacia una u otra opción, pero me estoy refiriendo aquí a unas diferencias en el andar más comunes y pausadas.) No he hallado ningún analista al que pudiera describir como equidistante o en oscilación estable —incluso oscilación sincopada— entre historia y acontecimientos actuales. Uno parece algo parcial respecto de la construcción actual y otro de la reconstrucción antigua. Y cada uno muestra muchas parcialidades dentro de una y otra.

Aún cuando vemos emerger lo que consideramos pasado en lo que consideramos presente, no lo hacemos todos de la misma manera. Uno ve con mayor facilidad la sombra de la repetición ciega, otro el impulso hacia el desarrollo. (Sabemos que nada es lo uno o lo otro. Pero me estoy refiriendo a lo que hacemos, no a lo que sabemos.)

Y cuando visualizamos lo que «debe» haber ocurrido en el pasado, o «debe» estar ocurriendo en el presente, algunos se inclinan más a considerar sus imágenes como fotografías —fotografías objetivas y anticuadas— y otros como pinturas impresionistas. Constituyendo polos de objetivo y subjetivo, de real e imaginario, de literal y metafórico, uno opta un poco más ávidamente por uno, otro por el otro. Uno es, por regla general, más terreno, otro más etéreo. Tampoco estas preferencias son siempre lo que

parecen al principio; uno pregunta por «realidad» cuando busca «ficción», otro por «ficción» cuando busca «realidad».

Constituyendo polos de discurso y silencio, algunos son más rápidos para hablar, otros más lentos. **Picasso** apreciaba el adagio de un viejo pintor: «Destruye tu pintura de cualquier tema. Mejor aún, destruye la segunda y la tercera; la que pintes al final será la mejor». Otros pintores prefieren a los que dicen: «¡Golpea mientras el hierro está caliente!». ¿Diríamos que un hombre de sangre caliente como **Picasso** postergaría la satisfacción para un segundo intento?, ¿para una interpretación diferida? El arte exige una cosa de uno, otra cosa de otro. Algunos analistas son más semejantes a **Picasso**, otros se muestran anti-**Picasso**. Parece mejor que seamos lo que somos, pero no siempre. Probablemente, **Picasso** no es siempre **Picasso**, no siempre es **Picasso** lo que él piensa o dice.

Rápidos o lentos en el trazo, algunos analistas ven la interpretación como esencial, otros menos. Uno tiende a considerar a los pacientes como necesitados de una interpretación; otro como necesitados de encontrar qué hace que parezca que necesitan una interpretación. Algunos analistas acentúan lo que ellos saben, algunos lo que no saben.

Polaridades componen polaridades. Algunos acentúan el beneficio del *insight*, otros la expansión de habilidades para el *insight*, algunos lo que el paciente experimenta con el analista en el intento de desarrollar lo uno o lo otro. Todos los analistas están involucrados en cada una de estas polaridades, pero nunca con igual intensidad.

No quiero ignorar los polos que a menudo formamos con las preguntas y las respuestas. Algunos analistas parecen considerar intrusivo formular una pregunta. Otros parecen considerar intrusivo hacer una afirmación. Algunos están especialmente dotados para formular preguntas que son afirmaciones, otros para hacer afirmaciones que son preguntas.

Supongo que podría pasar sin decirlo, pero digámoslo: entre analistas que parecen compartir ampliamente la misma visión del análisis, algunos dan mayor trascendencia a lo edípico, otros a lo pre—, algunos a descubrir dónde lo uno encuentra lo otro. Algunos abordan más rápidamente el conflicto, otros la carencia. Y dentro de un contexto o el otro, uno es más sensible a matices de la imagen corporal, otro a las concepciones del self, algunos al self en conexión con otras personas, y otros a conexiones diversas con el mundo animado o inanimado.

Algunos están más atentos a sintonizar con la forma en que los pacientes se victimizan a sí mismos, otros a cómo han sido victimizados por otros. (Todos creemos saber que hay una culpa suficiente para todo, pero yo aún me estoy refiriendo a lo que hacemos, no a lo que sabemos.)

Uno ataca la defensa con todas sus fuerzas; otro es más expeditivo atacando aquello contra lo que el sujeto se defiende. Entre aquellos que atienden más a la defensa, algunos lo hacen de una manera y otros de otra.

Algunos parecen obtener más información si empatizan con la calma y otros si lo hacen con el desafío; ciertamente, algunos parecen considerar la empatía como nada más que una manera de asentir, otros como nada más que la manera correcta de disentir. Lo cual quiere decir que algunos tienden a ser agradables, y otros, desagradables.

Un analista acentúa las tendencias belicosas; otro, las tensiones del amor. Uno está más atento a los sueños soñados durante el dormir, otro al soñar despierto. Uno se inclina más a sintonizar con el contenido del relato, otro con el modo en que se ha relatado, y aun otro, con lo que el narrador percibe como respuesta del analista a lo que se ha contado. Analistas suficientemente buenos están en sintonía con todo, pero siempre un poco más en una u otra dirección.

Algunos analistas apenas pueden contenerse ante el sonido, la visión u otra experiencia de continuidad, otros ante una discontinuidad. Algunos pueden apreciar con mayor agudeza los ajustes, otros los desajustes. Cada analista, por otra parte, parece discurrir entre uno y otro enfoque y a veces combinarlos entre sí. Pero también aquí, no hay dos que lo hagan de la misma manera. Toda percepción, como toda interpretación, dice finalmente tanto acerca del que percibe como del que es percibido.

No estoy hablando ahora acerca de los puntos ciegos, contratransferencia y otros problemas, pero sí de las diferentes aptitudes y predisposiciones. No he encontrado ningún analista tan hábil como para manejar imparcialmente sus polos. Y esto quizás no es otra cosa que la forma —propia e idiosincrática— que cada analista tiene de descubrir e implementar lo que ya sabe desde siempre: no es necesario mantener tan separados sus polos. Lo específico de sus movimientos sintetizadores y trascendentes es siempre una sorpresa y se llega a ello mediante vueltas y revueltas cuya excentricidad nunca me ha parecido que poseyera la regularidad de la oscilación.

En mis comienzos como analista, mis dos primeros supervisores, que me parecían diametralmente opuestos, me desconcertaban. Una hablaba como si confiara solamente en la intuición. El otro como si conscientemente explicara todo con una lógica precisa y elaborada. Fue un alivio comprender, al fin, que cada modalidad estaba presente, aunque como de contrabando, en la otra. Algunos analistas acentúan la empatía, otros la intuición, otros una lógica más consciente. Entusiasmados por determinada manera, especialmente por hablar de una manera, a menudo difuminamos la importancia de lo que pasamos de contrabando, cómo y cuándo lo hacemos, y cómo mezclamos los beneficios de uno y otro contrabando. De todas las artes que componen nuestro arte, el contrabando es probablemente la más importante. Si me puedo permitir una nota al margen: ¡No confíen en los analistas que niegan que contrabandean!

Sabemos de estas diferencias entre analistas; en privado a veces tomamos algunas en cuenta. Pero en nuestra construcción teórica parecemos ignorar ampliamente nuestras diferencias —y qué diferencias establecen—, no sea que sean lo suficientemente importantes como para que nos dividan en bandos. Lo que es más, y probablemente cuente más, es que parecemos contentarnos ignorando de qué manera diferimos, no sólo unos de otros, sino también de nosotros mismos.

Tolstoi subraya (en *Resurrección*) que decimos que una persona es así, otra asá, como si siempre fueran lo mismo. Él nos recuerda que la gente es, por el contrario, como ríos; corren superficialmente en algunas partes, profundamente en otras; rápido aquí, lento allá; cálido aquí, frío allá.

No veo motivo para hacer una excepción con los analistas. Sólo extraordinariamente podemos alcanzar lo que en equilibrio puede ser considerado equilibrio. En la mente analítica, como en otras mentes, como en muchos de los objetos animados e inanimados, el equilibrio es la larga suma de cortos desequilibrios, especialmente de desequilibrios observados desde lejos. Aunque he encontrado pocos analistas que parecen balancearse sin control, no he encontrado ninguno que ocupara un lugar entre sus polos en lo que yo considero la mitad del camino. Tampoco he visto balanceos persistentemente equilibrados entre los extremos de un arco; sospecho que tales constancias mecánicas pueden ser un purgatorio en el cual es mejor no estar.

Cuanto más pienso en las oscilaciones, más extraño le suena a mis oídos mentales. Los ventiladores oscilan. Las máquinas oscilan. Partes de las máquinas oscilan. No sé cómo pude haber creído que los analistas oscilan.

Cuando las cosas van suficientemente bien, nuestros movimientos son considerablemente más vivos. No estamos todo el día, a toda hora o en todo momento, de una manera o de la otra. Nos movemos más rápidamente y más a menudo por donde nos movemos mejor, aunque nos movemos suficientemente bien y bastante a menudo donde nos movemos menos bien. Se puede contar con que no estaremos mucho tiempo en uno de nuestros polos, ni en un lugar intermedio, ni en el mismo recorrido entre ambos; se puede contar con ello, especialmente, porque se cuenta con que la mayoría de los análisis son largos. Cuando las cosas van bastante bien «no tenemos —como uno de los personajes de **Kafka**— domicilio fijo».

En la práctica de nuestro arte, organizamos y reorganizamos interminablemente aquellos movimientos y posturas particulares que preferimos y necesitamos para llevar a cabo nuestras siempre cambiantes metas analíticas, y nuestras otras siempre cambiantes metas, y la necesaria mezcla de las dos. Por otras metas, me refiero a intereses relacionados con acontecimientos extra-analíticos de nuestras vidas, cambios de humor, cambios en nuestra condición física, y a aquellos otros desafíos cambiantes, satisfacciones, insatisfacciones, y destellos de salud y locura, que hacen a nuestras vidas diarias.

Ni desenfadada, ni estática, ni en oscilación pendular, la mente analítica en movimiento —una mente inquieta— sigue un sendero tortuoso. Cuando las cosas van suficientemente bien, vagamos, deambulamos, saltamos, nos tambaleamos, tropezamos, y hacemos cualquier otro movimiento desde un estado a otro y, ocasionalmente, más lejos. Estos movimientos diversos de la mente analítica, en conflicto o no, configuran persistentemente el desarrollo de cada análisis. Un desarrollo «espontáneo» de acontecimientos analíticos —un desarrollo relativamente libre de la influencia de las maneras en que el o la analista se mueve entre sus polos autoasignados— parece tan frecuente como la generación espontánea.

Nuestras preferencias polares, nuestros métodos preferidos para movernos de un polo al otro, nuestros métodos preferidos para ir más allá de los límites de nuestros polos, las virtudes y defectos de nuestras preferencias, y nuestras

maneras de administrar esas virtudes y defectos, todo justifica, creo, una amplia observación, lo que significa en gran parte autoobservación, y ocasionalmente autoobservación asistida por nuestros consultantes.

Si tiene algún valor considerar al analista como una constante —una constante relativa— y al paciente como una constante variable, imagino que podríamos estar de acuerdo en que a veces es útil considerar las cosas a la inversa. Puede ser comprensible que por simplicidad, y por otros motivos, en el temprano desarrollo de nuestro campo, hablábamos del analista principalmente como constante —bien en una posición fija, bien en la constancia de las oscilaciones— y, aunque admitiendo variaciones ocasionales que vienen de perturbaciones ocasionales, poníamos poca atención en otras variaciones más constantes. Sería lamentable, sin embargo, si al sostener estas, a veces, provechosas ficciones, oscureciéramos el funcionamiento de nuestro arte con un velo de uniformidad imaginaria. Más aún, una cosa es admitir que no estamos de acuerdo con los demás y con nosotros mismos, y otra cosa es explorar, día a día, nuestras *constancias* y *fluideces* y su *impacto en los detalles de los análisis que conducimos*. *Podemos atrevernos o no a hacerlo*, pero tracemos cuidadosamente el mapa de los movimientos de un polo al otro de un analista a través del tiempo, y habremos trazado el mapa de la teoría, método y carácter de ese analista.

III

Para sobrevivir y crecer, cualquier arte y cualquier ciencia debe convertirse en arte-ciencia. Pero ¿cuál es la naturaleza del guión (-)? Creo que el guión es, por necesidad y elección, el juego de polos. Intentamos movernos entre los polos que llamamos arte y ciencia, y por lo tanto hacemos, arte y ciencia. Intentamos ser guiados por la experiencia y la teoría; intentamos no confinar nuestra visión en lo que consecuentemente esperamos. En análisis, lo que viene bien para nuestro doble objetivo —lo que comprende el guión que separa y une arte y ciencia, y otros polos hechos a medida— es la atención libre. (Entre «flotación libre» o «planeo uniforme» o «suspensión uniforme», prefiero atención «libre» por su sugerencia de similitud con asociación libre. Además, al atender libremente, no hay nada que me impacte como llano, flotante, suspendido o planeando.)

La mente en atención libre es como otras mentes, sólo que es más que eso. En la atención libre, nuestro deporte polar —nuestro hábito de establecer polos y de sacar de ello el mayor provecho— permite un mayor juego. Si el juego polar encuentra espacio en todo pensamiento, lo encuentra más completamente en la atención libre. En consecuencia, estamos principalmente cuidándonos de nuestras «p» y nuestras «q». No podemos pensar en algo —llamémoslo p— sin contrastarlo con su opuesto —llamémoslo q. Una vez encuadrados nuestros polos, intentamos «hacernos cargo» de este encuadre. O bien buscamos diferencias y distinciones. O bien usamos contrastes para destacar semejanzas. O bien encontramos «p», o bien encontramos «q», o bien vemos que «p» es el reverso de «q». Y cuando podemos, hacemos de «p» y «q» figuras en un alfabeto más amplio.

Desmontamos los alfabetos para usar nuestras letras separadamente. Desmontamos nuestros alfabetos para reconstruirlos, nada es largamente sostenido excepto por la interminable demolición y reconstrucción de lo que llamamos «estructura». Desmontamos alfabetos para hacer otros nuevos. Relativamente nuevos. Adelantamos para retroceder, y vamos hacia atrás para adelantar. Y como encontramos más fácil ignorar las diferencias, cuando no sabemos cuál es la diferencia, retrocedemos, por decirlo así, a los tiempos en que no conocíamos las diferencias, retrocedemos de lo polar a lo prepolar, y actuamos oscilando entre la confusión y la creación integrativa.

Desmontamos y juntamos las cosas. Habiéndolas puesto juntas, no podemos esperar para separarlas. Allí donde nuestro juego polar es más vivo se encuentran las mayores posibilidades de aprendizaje y descubrimiento.

Cada arte-ciencia tiene sus polos característicos y sus herramientas características para buscar la fluidez disciplinada del juego polar. Nuestra herramienta es la atención libre. A medida que un análisis avanza, si las cosas van bien, ese juego deviene más rápido y más fluido. Cuando la regla falla, la intuición ayuda; cuando la intuición fracasa, la regla ayuda. Cuando las cosas van mejor, «regla ayuda intuición ayuda regla». Cuando la atención libre mantiene el balanceo, no hay equívoco entre intuición y conocimiento, entre pensamiento y sentimiento, palabras y visión, interior y exterior, pasado y presente, y entre otras maneras de sentir y de dar sentido. Y cuando las cosas van mejor, una aceleración en los

movimientos de la atención libre de la mente encuentra y es encontrada por una aceleración sincronizada en la asociación libre de nuestro paciente.

Lo que nos salva, entonces, cuando somos salvables, de nuestra rapidez para apoyar posiciones estáticas y de balanceos descontrolados —ninguno de los dos nos dan nuevos ángulos de visión— son las interminables correcciones y contracorrecciones que provienen de nuestros movimientos, en atención libre, entre y más allá de los polos que establecemos dentro y alrededor de nuestra experiencia seleccionada y evolucionada. Cuando las cosas van lo mejor posible, mantenemos una primigenia y conmovedora inconsistencia aun cuando reivindicamos la adhesión a fórmulas y conceptos estáticos. Pero cuando nos entregamos a la atención libre y a su realzado juego polar, para la aplicación directa de nuestra experiencia y nuestra teoría, nos arriesgamos a intercambiar sinfonías por notas sueltas.

En la práctica de nuestro arte, como en la de cualquier arte, necesitamos espacio para el hábito y espacio para la fantasía. Hábito flexible y fantasía informada. Si la mente analítica alcanza mayor amplitud y fluidez de lo que nuestras crónicas [*chronicles*] sugieren, supongo que no sería una sorpresa. Los científicos nos dicen ahora que ni siquiera el recorrido del péndulo es tan recto o tan simple como antes nos imaginábamos. Aparentemente necesitamos una ciencia del orden y una ciencia del caos.

Más aun, si no hiciéramos más que bambolearnos, divagar, ir al paso, tambalearnos, brincar y movernos de cualquier otra manera entre nuestros polos autoestablecidos, estaríamos bien metidos en el penoso camino de confundir libertad con licencia. La mente en atención libre no se opone a la guía de las generalizaciones de la experiencia y la teoría, sólo a una fe *naïve* en la guía de las generalizaciones. Tampoco reemplaza la fe *naïve* por nihilismo, no nos obliga a un temor *Luditte*⁴ de los marcos teóricos. La atención libre nos ayuda a tomar la teoría y la experiencia con el espíritu con que Kenneth Clarke imaginó que se construyeron las catedrales góticas; un espíritu de juego serio.

Los analistas hemos pasado mucho tiempo — algunas veces bien— sopesando las ventajas de una y otra teoría de la perturbación mental y de los medios y metas terapéuticos. Hemos aplicado el bien conocido criterio de consistencia, verdad y valor heurístico. Hemos dado forma a nuestras

teorías clínicas con arreglo a los desórdenes y fortaleza de los pacientes a los que esperamos ayudar. Pero hemos prestado poca atención a conformar nuestras teorías al funcionamiento en libre atención de las mentes que usarán estas teorías. Mejorando nuestras teorías para algunos propósitos, no las mejoramos necesariamente para el uso de la mente que analiza. Ni la teoría que mejor sirva para una mente que analiza es necesariamente la mejor para otra.

¿Qué teorías —aceptadas o por aceptar— sirven mejor a la mente analítica promedio? Después de haber observado con atención cómo funcionan esas mentes podremos responder a esa pregunta y aplicar las teorías con mayor éxito. Creo que necesitamos observar esos funcionamientos más cuidadosamente antes de que podamos plantearnos qué teorías son mejores. Mientras tanto haremos bien en no sostener con tanta vehemencia las virtudes de una teoría sobre otra, ni establecer nuestras diferencias prematuramente haciendo de nuestras teorías una especie de esperanto. Visiones universales, eclécticas y ecuménicas pueden ser buenas para reinos apacibles, discusiones de alto nivel, y otras tertulias soñolientas; pero un viaje exploratorio necesita el ímpetu de explosiones de disciplinada miopía.

Nuestra atención libre no es lo que era ayer, ni será mañana lo que es hoy. La atención libre se mueve de momento a momento, y ocasionalmente más allá, entre todos los polos que ahora podemos imaginar y que estamos aprendiendo a imaginar.

La atención libre está anticipada y constreñida por lo que preconice y, por otra parte, prefigura el que atiende libremente, lo cual está anticipado y restringido tanto por la evolución de la teoría y la experiencia como por los cuestionamientos personales necesarios para el propio crecimiento del que atiende libremente. Todo esclarecido a la luz de nuestras necesidades emergentes. Desde nuestra percepción más simple, la necesidad juega su papel; no es lo mismo buscar un árbol para leña que para sombra. Y cuando la necesidad abarca necesidades del self y del otro, la complejidad produce complejidad. Vemos lo que más necesitamos ver, y cuando las cosas van suficientemente bien, lo que más necesitamos ver está conformado por una sensación de posibilidad para el self y el otro, un informado y centrado self. Cuando las cosas van bastante bien, la atención libre hace más fácil mantener una tonta consistencia con nuestros preceptos analíticos que con nuestros perceptos analíticos y otros actos. Lo que quizás puede ser una parte de lo que hemos

querido decir todo el tiempo en el elogio de la «oscilación».

Hace algunos años en un cartel de un club londinense se leía: «No se permiten perros en el recinto». Abajo se había agregado otro cartel: «Un perro que conduce a una persona ciega será considerado un gato». Todos los clubes tienen carteles similares. Nuestro club no es una excepción. Ponemos parches a antiguas visiones mucho después de darnos cuenta de que requieren una revisión más exhaustiva. Tenemos un cartel que dice: «¡No molestar! Osciladores y espejos trabajando; atienden imparcial, neutral y anónimamente, con equidistancia de todos los polos conocidos». Disponemos de carteles para enmendarlo, muchos y demasiado largos. Nuestros carteles dicen algo que vale la pena decir, pero no exactamente lo que queremos decir.

Algunos críticos podrían decir que nuestros carteles muestran vestigios de un mito confortable y confortante de un observador sin trabas, un mito de *fin de siècle*, del XIX, no del XX, un mito de la pureza desinteresada de la mente científica. Quizás sí. Con lo que nosotros, los analistas, hemos observado durante casi un siglo, tenemos mucho de qué estar satisfechos; de lo que sabemos acerca de cómo observamos, menos satisfechos.

Tenemos muchas posibilidades de observar cómo observamos. ¿Por qué sabemos tan poco? Algunos podrían decir que nuestra ignorancia es deliberada: observar cómo observamos no es imposible, sólo doloroso. A menudo observamos la contratransferencia con admirable cuidado, pero habiendo realizado esta tarea digna de encomio, actuamos como si hubiéramos explorado todo lo que necesita ser explorado, sirviéndonos, por cierto, de nuestra atención en la contratransferencia para sustentar el mito de que nuestras observaciones son, en cierto sentido, puras. O relativamente puras.

El científico podría preguntar: ¿cómo es posible fracasar actualmente en el examen más profundo de la forma en que el observador influye en lo observado? Una autoridad en arte podría preguntar: cuando los pintores han mostrado desde hace tiempo que el rojo junto al verde no es lo mismo que el rojo solo, ¿cómo se puede fracasar en la observación más cuidadosa de como están dispuestos los rojos y verdes? El epistemólogo podría preguntar ¿cómo puede Ud. en la era de la relatividad, fallar en aplicar más relatividad a su visión analítica? Todos podrían preguntar: ¿cómo puede usted, que explora lo irreconocible de

ustedes mismos y de los otros, prestar tan poca atención a los horizontes —las sensibilidades, miras, intereses, filosofías, éticas y otros organizadores— que prescriben qué y cómo usted explora? Todos pueden advertir: tratando de afirmar que usted no es descontrolado, cuídese de no afirmar que usted es inerte.

Aunque pienso que estas críticas son un poco duras, no puedo estar en desacuerdo en lo principal. Pienso que no podemos seguir siendo fieles a los viejos mitos de «la percepción inmaculada». Fracasando en poner más atención a cómo ponemos atención, hemos fracasado en el aprendizaje de mucho de lo que estorba y facilita nuestra atención libre. No conociendo nuestro arte, corremos el riesgo de perderlo. Por lo menos podríamos reconocerlo.⁵



Notas

1. Publicado en *Hidden Questions Clinical Musings*. The Analytic Press, 1995.

2. Training and Supervising Analyst. Psychoanalytic Association of New England. East.

3. **Fenichel, O.** (1941). *Problems of psychoanalytic technique*. Nueva York, Psychoanalytic Quarterly Inc., p. 5.

4. *Luditte*: miembro de una banda (1811-16) que organizaba revueltas para la destrucción de la maquinaria industrial.

5. Traducción: **Malisa Derendinger, Perla Ducach y Silvia Gründwaldt**.